

# La transición

Por Gonzalo Gómez

Había pasado tanto tiempo en esa habitación que el electrocardiograma había reemplazado mi tinnitus.

El ambiente era agradable y bastante calentito. La cama era cómoda y el sillón en el que se sentaba mamá era digno de ser utilizado por el papa. Bueno, tampoco la pavadada, pero parecía muy cómodo, eso seguro.

Era viernes, día de visitas. La tía y el padrino marcaron su entrada a primera hora, como de costumbre. Unos minutos después, recibí la grata noticia de que mi primo Jorge iba a venir un rato, algo raro ya que de tanto trabajar nunca tenía tiempo para nada.

Mi estado hacía que hablar me cansara mucho, pero tenía que aprovechar la presencia del padrino para escupir todo lo que tenía para decir sobre el nefasto arbitraje del partido de anoche. Dios, ¡qué infame!

Mamá aprovechó la presencia de las visitas para ir al baño y salir a fumar un cigarro tranquila. Entre charla y charla, una enfermera interrumpió para buscar unos papeles que se encontraban en una mesita debajo de la ventana. La tía le consultó algo a la enfermera que no llegué a escuchar, y el padrino le comentó a Jorge lo denso que estaba el tráfico por la avenida principal. Pasaron unos 5 o 6 minutos en los que me quedé marginado de las conversaciones. Me quedé mirando hacia el techo y cerré los ojos por un momento. En ese entonces se me vinieron algunos recuerdos de mi vida, especialmente de mi infancia; no desperdiciaba ni un minuto del día para jugar a lo que sea, y era el mejor ejecutor de bromas pesadas en el planeta. Sin dudas, era insoportable, pero tenía buen corazón.

Perdido entre tantas memorias, sentí como si hubiese quedado aislado en mi cabeza por horas y horas. Y hablando de corazones, bajé a la “realidad” cuando sentí que mi órgano bombeador de sangre se empezó a hinchar; no sé si literalmente, fue una sensación parecida a la que me generaba tomar mucho café, raro porque hacía meses que no tomaba. Entonces abrí los ojos, miré hacia donde estaban mis visitas y me encontré con la imagen más extraña que había visto en mi vida.

El cuarto estaba desmoronado, había un hueco enorme en una esquina del techo y grietas en todas las paredes. Realmente parecía que hubiesen pasado años desde que había cerrado mis ojos. Pero lo más impactante fue ver las figuras de mis visitas: todos estaban hechos piedra, en la misma posición en la que los había visto por última vez. Un montón de yuyos crecieron en sus cuerpos y un líquido parecido al alquitrán goteaba por la nariz de mi padrino.

De repente, sentí la urgencia de pararme y en el momento en que me quité la sábana observé un montón de plantas que me salían de la panza.

Lejos de estar impactado, la situación se sentía extrañamente casual. Me paré, saludé a mis visitas una por una, le agradecí la atención a la enfermera y abrí la puerta de la habitación. Salí y me topé con un lugar completamente desierto, y un horizonte vacío. El sol ya no era amarillo y podía observar una solitaria estrella en el cielo, de color negro. No parecía tener muchas

alternativas, entonces caminé hacia el horizonte. Mis piernas se sentían livianas, mi corazón ya se había deshinchado y me sentía muy sereno. Si tenía que caminar un millón de kilómetros, estaba dispuesto a hacerlo, ya que no sentía ningún apuro; el tiempo definitivamente había dejado de ser un problema.